

La Novela Corta
nº 130, 29 de junio de 1918

ARROZ Y TARTANA

Original de
BLASCO IBÁÑEZ

*Adaptada a las dimensiones de esta revista, con especial permiso, por la ilustre escritora
Carmen de Burgos (Colombine)*

I

A las tres de la tarde entró doña Manuela en la plaza del Mercado, envuelto el airoso busto en un abrigo, cuidadosamente enguantada y velado el rostro por la tenue blanca de la mantilla.

Tras ella, formando una pareja silenciosa, marchaban el cochero y la criada: un mocetón de rostro carrillado y afeitado que respiraba brutal jocosidad, una muchacha morena y guapota, con peinado de rodete y agujas de perlas.

El cochero, con una enorme cesta en la mano y una espuerta no menor a la espalda. La muchacha también llevaba una cesta de blanco mimbre, cuyas tapas movíanse al compás de la marcha.

¡Gran Dios!..., ¡cuánta gente! Valencia entera estaba allí. Todos los años ocurría lo mismo en el día de Nochebuena.

Doña Manuela permaneció inmóvil algunos minutos en la bocacalle.

En este ancho espacio, que es para Valencia vientre y pulmón a un tiempo, el día de Nochebuena reinaba una agitación que hacía subir hasta más arriba de los tejados un sordo rumor de colosal avispero.

Doña Manuela contemplaba con fruición este espectáculo.

Estaba próxima a los cincuenta años, según confesión que varias veces hizo a sus hijas; pero era tan arrogante y bien plantada, unía a su elevada estatura tal opulencia de formas, que todavía causaba cierta ilusión.

—Vamos a la acera —dijo a sus criados—. Compraremos primero las verduras.

Y subieron a la acera de la Lonja, pasando por entre los grupos de gente menuda, que contemplaba respetuosamente los pastorcillos de Belén y los Reyes Magos hechos de barro y colorines, estrellas de latón con rabo, pesebres con el Niño Jesús, todo lo necesario, en fin, para arreglar un Nacimiento.

Doña Manuela marchaba por el estrecho callejón que formaban las huertanas, sentadas en silletas de esparto, teniendo en el regazo la mugrienta balanza, y sobre los cestos, colocados boca abajo, las frescas verduras. Allí, los oscuros manojos de espinacas; las grandes coles como rosas de blanca y rizada blanca, encerradas en estuches de hojas; la escarola con tonos de marfil; los humildes nabos de color de tierra, erizados todavía de sutiles raíces semejantes a canas; los apios, cabelleras vegetales, guardando en sus frescos bucles el viento de los campos, y los rábanos, encendidos, destacándose como gotas de sangre sobre el mullido lecho de hortalizas.

Andábase con dificultad, temiendo meter el pie en las esteras de esparto redondas y de altos bordes, en las cuales amontonábanse, formando pirámide, las lustrosas castañas de color de chocolate y las avellanas que exhalaban el acre perfume de los bosques. Las nueces lanzaban en sus sacos un alegre cloc-cloc cada vez que la mano del comprador las removía para apreciar su calidad.

Acababa de hacer su compra doña Manuela, cuando hubo de volver la cabeza sintiendo en la espalda una amistosa palmada.

Era un señor entrado en años, con un sombrero de cuadrada copa, de forma tan rara, que debía pertenecer a una moda remota, si es que tal moda había existido. Iba embozado en una capa vieja, por bajo de la cual asomaba una esportilla de compras

—¡Juan! —exclamó doña Manuela.

Era don Juan, el hermano de la señora.

—De compras, ¿eh?... Yo también voy danzando por el Mercado hace más de una hora. ¡Válgame Dios, cómo está todo! Comprendo que los pobres no puedan comer... Eso solo lo compra la gente de dinero.

—Juan, toda la vida serás un miserable. ¿De qué te sirve guardar tanto dinero?... ¿Vas a llevarlo al otro mundo?

—¿Yo?... Pienso retardar todo lo posible ese viaje, y tiempo me queda para malgastar antes los cuatro cuartos que guardo... No quiero que nadie se ría de mí después de muerto.

—¿Por qué no vienes a comer con nosotros mañana?

El tono festivo y cariñoso con que ella dijo estas palabras alarmó más a don Juan que la seriedad irritada de momentos antes.

—¿Quién?... ¿Yo?... Tengo hechos mis preparativos; no quiero ofender a mi vieja Vicenta, que se propone lucirse como cocinera.

La peregrinación prosiguió a lo largo de unas mesas, en las cuales, bajo toldos de madera, estaban apiladas las frutas del tiempo.

Doña Manuela dio sus órdenes. Podían regresar los dos a casa y volver Nelet con la espuerta vacía. Quedaba por comprar el pavo, los turrónes y otras cosas que tenía en memoria. Ella aguardaría en la *tienda*.

Colocada entre la calle de San Fernando y la de las Mantas, en el punto más concurrido del Mercado, la tienda de Las Tres Rosas participaba del carácter de estas dos vías comerciales de la ciudad. Era rústica y urbana a un tiempo; ofrecía a los huertanos un variado surtido de mantas, fajas y pañuelos de seda, y a las gentes de la ciudad las indianas más baratas, las muselinas más vistosas. Ante su mostrador desfilaban la bizarra labradora y la modesta señorita, atraída por la abundancia de géneros de aquel comercio a la pata la llana que odiaba los reclamos, ostentando satisfecho su título de *Casa fundada en 1832*, y cifraba su orgullo en afirmar que todos los géneros eran del país, sin mezcla de tejidos ingleses o franceses.

Doña Manuela entró. El mismo aspecto de otros tiempos, aunque con cierto aire de restaurada frescura. La anaquelaría, de madera vieja, atestada de cajas; sobre el mostrador telas y más telas extendidas sin compasión hasta barrer el suelo; dependientes con el pelo aceitoso y las brillantes tijeras asomando por la abertura del bolsillo, y mujeres discutiendo con ellos, como si estuvieran en el centro del Mercado, abrumándolos con irritantes exigencias.

—Siéntese usted, mamá.

Era Juanito, su hijo mayor, un muchacho nacido en la misma tienda, que seguía agarrado a ella «sin servir para nada», como decía su madre, y sin querer ser otra cosa que comerciante.

Estaba próximo a los treinta años. Era alto, enjuto, desgarbadote y algo cargado de espaldas; la barba espesa y crespa se le comía gran parte del rostro, dándole un aspecto terrorífico de bandido de melodrama; pero no era más que un antifaz, pues examinándole bien, bajo la máscara de pelo veíase la cara sonrosada e inocente de un ruño, la mirada tímida y la sonrisa bondadosa de esos seres detenidos en la mitad de su crecimiento moral, que aunque mueran viejos, son débiles y blandos, faltos de voluntad, incapaces de vivir sin el calor que presta el cariño.

Abriose una portezuela del mostrador y entró en la tienda la esposa de don Antonio, una mujer voluminosa, con la obesidad blanducha y el cutis lustroso que produce una vida de encierro e inercia y que le daban cierto aire monjil.

Hubo besos y abrazos sonoros, pero notábase en las dos mujeres cierta desigualdad en el trato, como si entre ambas se interpusiera la ley de castas. La esposa del comerciante era solo Teresa, mientras que esta llamaba siempre doña Manuela a la madre de Juanito. Los años y el frecuente trato no habían podido borrar el recuerdo de la época en que Teresa era criada en aquella tienda y el escándalo de los señores al verla casada con el dependiente principal.

—Sí, doña Manuela; Antonio y yo hace tiempo que pensamos visitarla a usted y a las niñas; ¡pero estamos siempre tan ocupados!... ¡Vaya, vaya!... ¡Qué sorpresa!... ¡Cuánto me alegro de verla!

Doña Manuela habló de la cena que aquella noche daba en su casa. Las niñas, Rafael y Juanito, unos amigos de aquel..., en fin, un buen golpe de gente joven y alegre que bailarían, cantarían y sabría divertirse sin faltar a la decencia, hasta llegar la hora de la misa del Gallo. También esperaba que fuese Andresito, el hijo de don Antonio, un muchacho paliducho y mimado, vástago único que cursaba el segundo año de Derecho.

—Hay que dar a la juventud lo que le pertenece, aunque rabien los rancios como mi hermano o el bueno de don Eugenio. Y a propósito: ¿qué es de don Eugenio?

El hombre por quien preguntaba doña Manuela era el fundador de la tienda de Las Tres Rosas, don Eugenio García, el decano de los comerciantes del Mercado, un viejo que arrastraba cuarenta años en cada pierna, como él decía, y mostrábase orgulloso de no haber usado jamás sombrero, contentándose con la gorrilla de seda.

La tienda había pasado de sus manos a las del primer marido de doña Manuela, y de este a su actual dueño; pero don Eugenio no había dejado de vivir un solo día en aquella casa, fuera de la cual no comprendía la existencia.

Como un censo redimible solo por la muerte, se habían impuesto los dueños de la tienda la obligación de mantener y dar albergue a don Eugenio, el cual, siguiendo sus costumbres de solterón áspero y malhumorado, entraba y salía sin decir una palabra; comía lo que le daban; en los días que hacía buen tiempo paseaba por la Alameda con un par de curas tan viejos como él, y cuando llovía o el viento era fuerte, no salía de la plaza del Mercado e iba de tienda en tienda con su gorra de seda, su capita azul y su bastón-muleta, para echar un párrafo con los veteranos del comercio.

Doña Manuela se levantó al ver en una de las puertas a Nelet, que volvía de casa con la espuerta vacía.

—Buenas tardes. Aún tengo que hacer muchas compras, y no olviden ustedes que esperamos a Andresito esta noche.

II

En época pasada, aunque no remota, el Mercado de Valencia tenía una leyenda que corría como válida en todos sus establecimientos, donde jamás faltaban testigos dispuestos a dar fe de ella.

Al llegar el invierno, aparecía siempre en la plaza algún aragonés viejo, llevando a la zaga un muchacho como bestezuela asustada. Le habían arrancado a la monótona ocupación de cuidar las reses en el monte y lo conducían a Valencia para *hacer suerte*, o más bien, para librar a la familia de una boca insaciable, nunca ahíta de patatas y pan duro.

Iban por las tiendas, de puerta en puerta, vergonzosos y encogidos como si pidiesen limosna, preguntando si necesitaban un *criadico*.

Cuando el muchacho encontraba acomodo, el padre se despedía de él con un par de besos y cuatro lagrimones, a casa, prometiendo escribir pasados unos meses; pero si en todas las tiendas recibían una negativa y era desechada la oferta del *criadico*, entonces se realizaba la leyenda inhumana.

Vagaban padre e hijo aturcidos por el ruido de la venta, estrujados por los codazos de la muchedumbre, e insensiblemente, atraídos por una fuerza misteriosa, iban a detenerse en la escalinata de la Lonja, frente a la famosa fachada de los Santos Juanes. La original veleta, el famoso *pardalot*, giraba majestuosamente.

—¡*Mia, chiquio*, qué pájaro!... ¡Cómo se menea!... —decía el padre.

Y cuando el cerril retoño estaba más encantado en la contemplación de una maravilla nunca vista en el lugar, el autor de sus días se escurría entre el gentío.

El muchacho berreaba y corría de un lado a otro llamando a su padre. «¡Otro a quien han engañado!», decían los dependientes desde sus mostradores, adivinando lo ocurrido; y nunca faltaba un comerciante generoso que, por ser de la tierra y recordando los principios de su carrera, tomase bajo su protección al abandonado y lo metiese en su casa, aunque no le faltase *criadico*.

Al hacer la estadística de los abandonados ante la veleta de San Juan, don Eugenio García, fundador de la tienda de Las Tres Rosas, figuraba en primera línea.

—Nada debo a nadie —exclamaba al regañar a sus dependientes—. A mí nadie me ha protegido. Los míos me dejaron como un perro en medio de esa plaza. Y sin embargo, soy lo que soy. ¡Hubiera querido veros como yo, para que supierais lo que es sufrir!

Producto de una de estas invasiones de vándalos con pañizuelo y calzón corto que buscan colocación a los muchachos, fue el entrar como aprendiz en la tienda de Las Tres Rosas un chicuelo, al que don Eugenio le fue tomando insensiblemente cierto afecto, sin duda porque recordando su pasado se contemplaba en él como en un espejo.

Entró en la tienda hecho una lástima, oliendo todavía a estiércol y a requesón agrio, como si acabase de abandonar el corral de ganado.

El mísero zagalillo de las montañas de Teruel se convirtió en un aprendiz listo, aseado y trabajador, que, según las profecías de los dependientes viejos, llegaría a ser algo.

Pasaron los años sin que incidente alguno viniese a turbar la ascensión lenta y monótona del muchacho en la carrera comercial. Perdió de cuenta los cachetes y patadas que le largaron don Eugenio y los dependientes viejos, unas veces por entretenerse bailando trompos en la trastienda, otras por pillarle dando retales a cambio de altramuces o *cacahuets*.

Tenía don Eugenio un amigo antiguo que todos los días visitaba la tienda y figuraba entre los primeros fabricantes de seda, y más de doscientos telares trabajaban para él, elaborando piezas de seda rayada, vistosa y sólida, y pañuelos de brillantes colores, que eran enviados a las más apartadas provincias de España y hasta la misma América.

Don Manuel era viudo y tenía dos hijos: Juan, un joven infatigable para el trabajo, meticoloso en los negocios, capaz como su padre de darse de cachetes por un ochavo, y Manolita, una muchacha hermosota que a los diecisiete años tenía el aspecto de una matrona romana.

Otra persona formaba parte de la familia del Fraile; pero los lazos que la unían a ella eran tan efímeros y débiles como los que atan una estrella errante a un sistema planetario.

Era un estudiante de Medicina, famoso entre los de su facultad como hábil tocador de guitarra, alegre confeccionador de chistes y calavera de los más audaces.

Melchor Peña, entrando con frecuencia en la casa, habíase enamorado de la hija del Fraile; no repentinamente y a la primera mirada, como los protagonistas de aquellas novelas que con tanta fruición leía: su pasión se había formado lentamente, por escalones.

¡Qué adoración tan constante la del pobre muchacho! Dos años estuvo lanzando tiernas miradas a la joven cada vez que por asuntos del comercio iba a casa del Fraile.

Manolita acogió burlescamente la declaración del dependiente, mas no por eso dejó de agradecerla con esa satisfacción que causa en toda mujer el saber que es amada, y nada dijo a su familia.

Su primo Rafael había terminado la carrera, abandonando las locuras de estudiante para revestirse de la gravedad del doctor, y cuando ella esperaba de un momento a otro que formulase ante el padre sus pretensiones, una buena alma la hizo saber que aquel calavera tenía cierto *arreglo* en el barrio del Carmen con carácter permanente, y hasta se susurraba si había una criatura de por medio.

Quiso vengarse, atormentar al infame, aunque para eso tuviese ella que sufrir, y nada le pareció mejor que aceptar las pretensiones de aquel tendero que la adoraba. El asunto se arregló con prontitud.

Siete años duró el matrimonio, y su único fruto fue Juanito, a quien pusieron tal nombre por apadrinarle el hermano de Manolita, o más bien, doña Manuela, pues el estado de maternidad, ensanchando sus macizas carnes de matrona, habíala dado un aspecto respetable y majestuoso.

Aquel marido aceptado en un arrebatado de ira, sí no llegó a inspirarla amor mereció la tierna simpatía del agradecimiento.

Aprovechando la tolerancia cariñosa del marido, gastaba con furor que escandalizaba a los buenos burgueses del Mercado. Seguía las modas con escrupulosidad costosa, y muchas veces aumentaba sus gastos hasta la locura, únicamente por el gusto de darles en las narices, como ella decía, al regañón de don Eugenio y al tacaño de su padre.

Un día murió el Fraile de apoplejía fulminante.

Setenta mil duros aproximadamente heredaron en dinero, géneros e inmuebles cada uno de los hijos del Fraile, y mientras el primogénito se quedó con la casa solariega, contento con su posición y dispuesto a aumentar lo heredado, doña Manuela, al verse rica, solo pensó en salir de su estado de tendera.

Para ella, la sociedad estaba dividida en dos castas: los que van a pie y los que gastan carruaje; los que tienen en su casa gran patio con ancho portalón y los que entran por estrecha escalerilla o por obscura trastienda.

Quería subir, saltar de la clase de los parias dedicados al trabajo a la de las *personas decentes*; y con el imperio y la concisión de la señora absoluta que no admite réplicas, expuso a su marido el futuro plan de vida. Puesto que el dependiente mayor Antonio Cuadros se había casado con Teresa, la criada, y por tener algunos ahorrillos pensaba establecerse, que se quedara con la tienda y con don Eugenio, que quería acabar su vida agarrado a ella como una lapa.

Todo se realizó tal como lo dispuso doña Manuela, y esta, a los pocos días, recordaba como un sueño la estancia de seis años en la tienda del Mercado, y se consideraba feliz pudiendo pasear en berlina por la Alameda y teniendo un lacayo a sus órdenes.

Lo único que le entristecía era su grandeza en el carácter del marido. ¡Pobre don Melchor! La riqueza purgábala como un delito, y su vida de rentista ocioso y de acompañante en paseos y ceremonias resultábale un infierno.

Desde por la mañana tenía que endosarse el chaqué y el sombrero de copa para estar dispuesto a acompañar a la señora; oíase llamar torpe a todas horas porque en las visitas cerraba la boca, o si la abría era para soltar ingenuidades y franquezas que recordaban su origen; y... ¡oh tormento insufrible!, su Manolita no le permitía jamás que se quitara los guantes y hasta quería que comiese con ellos, para ir –según ella decía– acostumbrándose a los usos de la gente elegante.

Don Melchor languidecía visiblemente. Su buen humor había desaparecido junto con los colores de su cara; una obesidad grasosa y amarillenta hinchaba su cuerpo; y al fin, un año después de abandonar la tienda, murió sin que los médicos supieran con certeza su enfermedad.

Fue un luto estrepitoso el de doña Manuela. Misas a centenares, funerales a toda orquesta, limosnas a porrillo, y lágrimas y lamentos que afortunadamente tenía el poder de evitar con sus frases chistosas el doctor don Rafael Pajares, quien, como médico de alguna fama, había sido llamado en los últimos días de la enfermedad del marido, lo que aumentó la languidez de este y su desesperado desaliento.

Don Eugenio y don Juan estaban escandalizados, diciéndose que el buen Fraile conocía perfectamente a su hija; y aunque los dos tenían poco afecto al médico, experimentaron cierta satisfacción al saber que la viuda y el primo se casaban apenas transcurriera el plazo marcado por la ley.

A los tres meses de casados tuvieron una niña, Conchita; un año después un muchacho, al que pusieron por nombre Rafael, y por fin, la menor, Amparito, último fruto de unos amores que se extinguieron tras rápidas e intensas llamaradas.

La ceguera de la esposa duró algunos años. Cuando supo toda la verdad, tuvo un momento de indignación y de protesta valiente, como al dar su mano a Melchor; pero ya era tarde para remediar el mal.

El doctor había jugado fuerte, perdiendo miles de duros: mantenía queridas costosas por pura ostentación y emprendía viajes divertidos por toda España, con audaces compañeros de bureo. La fortuna de doña Manuela estaba casi destruida.

Por fortuna, un sinnúmero de enfermedades provenientes de la vida crapulosa del doctor surgieron en su gastado organismo, y murió cuando ya su mujer, si no le odiaba, veíase separada para siempre de él por sus infidelidades y desvíos.

La muerte de su primo Rafael hizo que don Juan volviera a casa de su hermana y se dignase ocuparse en sus asuntos. Con su buen instinto de hombre práctico, puso orden en aquel maremágnum: vendió fincas, canceló hipotecas, pagó a los usureros con harto pesar de estos, que querían ver correr los intereses hasta devorar al cliente, y al fin, un día, pudo decir a su hermana:

—Mira, chica, ya tienes libre y sano lo que te queda, pero te advierto que no eres rica. Tienes, a lo sumo, veinte mil duros, más ocho mil que pertenecen a Juanito, por ser la herencia de su padre. Se acabaron, pues, las locuras. Ahora mucho orden y mucha economía, y así podrás ir tirando. Esa fanfarronería, ese afán de aparentar con cuatro cuartos lo que la gente llama *arroz y tartana*, es ridículo..., ¿lo entiendes bien?, soberanamente ridículo.

Doña Manuela sintiose impresionada por los consejos de su hermano, y por mucho tiempo los siguió escrupulosamente.

Dedicose a criar a sus hijos, es decir, a los hijos de su segundo matrimonio, pues el pobre Juanito siempre había sido tratado con falso cariño, con un desvío encubierto, como si doña Manuela quisiera vengar en el pobre chico el haber sido poseída por su difunto padre.

El pobre hijo de Melchor, con su carácter apocado y dulce y su afán de cariño, era el paria de la casa. El doctor, viéndole siempre callado, contemplando a su madre con estúpida adoración, había declarado que el niño era tan bruto como su padre, y cuando más, podría servir para el comercio. Y como el muchacho, por su parte, le tenía gran afecto a don Eugenio y cierta querencia a Las Tres Rosas, que era donde habían transcurrido los primeros años de su vida, de aquí que Juanito, a los trece años, entrase en la tienda como aprendiz distinguido, con la ventaja de comer y dormir en su casa.

En cambio, los hijos del doctor Pajares pasaron una niñez rodeada de atenciones. Las dos hijas estuvieron hasta los catorce años en un colegio y Rafaelito fue dedicado al estudio, pues doña Manuela quería hacer de él una lumbrera médica como su padre.

Pero llegó el momento en que las niñas se convirtieron en unas señoritas, conservando sus relaciones amistosas con sus antiguas compañeras de colegio, y doña Manuela sintió el afán de ostentación de toda madre que tiene hijas casaderas.

Renovó su mobiliario, abandonó las modistas anónimas, y en su afán de no andar a pie, si no tuvo berlina y tronco como en sus buenos tiempos, compró una galera elegante y ligerita y tomó como cochero a Nelet, el hijo de la nodriza de Amparo.

Don Juan hablaba, y había que oírle.

—Tu madre está loca —decía algunas veces a Juanito en la puerta de Las Tres Rosas—. Si esto sigue más tiempo, todos iréis a pedir limosna. ¡Ah, qué cabeza!... ¡Parece imposible que sea mi hermana! Para ella lo principal es aparentar, y del mañana que se acuerde el diablo. Lo que yo digo... *arroz y tartana*... y trampa adelante.

III

El primer día del año, a las ocho de la mañana, Concha y Amparo ya habían abandonado el lecho, extraña diligencia en ellas, que por lo común no se levantaban hasta las diez.

La mayor, Conchita, veintitrés años, era la más parecida a su madre. Tenía su mismo aire majestuoso, y comenzaba a iniciarse en ella un principio de gordura, lo que la hacía parecer de más edad.

La menor, Amparito, dieciocho años; linda cabeza de bebé, boca graciosa, hoyuelos en la barba y las mejillas, un puñado de rizos sobre la frente y ojos que en vez de mirar parecían sonreír a todo, revelando el inmenso contento de ser joven y que la llamasen bonita. Era la loquilla de la casa.

Las dos ofrecían un seductor grupo mirándose en el espejo del tocador, despechugadas, con los brazos al aire y oliendo a carne refrescada por una valiente ablución de agua fría.

Toda la mañana se pasó en recibir visitas y felicitaciones. Cuando se quedaron solas apareció un cuadrado sombrero y un flotante paletó, que parecía una sotana; remontando lentamente la escalera con acompañamiento de golpes de bastón en cada peldaño.

Viose por fin desde el rellano la cara de don Juan, animada por su falsa risita, que recordaba la de los conejos.

Tras él subía la escalera Juanito, el hijo mayor, con un enorme ramo de flores.

—¡Este chico..., este chico! —murmuró la señora sin conmoverse gran cosa por el cariño extremado que Juanito le demostraba en todas ocasiones. Y se dejó besar por su hijo, que después corrió al comedor con el ramo, y no encontrando un jarrón capaz de sostener aquella pirámide de flores, lo colocó entre dos sillas.

Don Juan fue casi llevado en triunfo al comedor por sus sobrinas. Tío por aquí, tío por allá; la una le quitaba el sombrero, la otra tomaba su bastón, y las dos tiraban a un tiempo de su paletó, sonriendo ligeramente al ver el chaqué que quedaba al descubierto y que con sus cortos faldones dábale el aspecto de un pájaro desplumado.

Finalizaba la sopa cuando entró Rafaelito, sudoroso, sofocado, como si hubiese corrido mucho para llegar a tiempo.

—¡Vaya una hora de venir! —dijo la mamá, frunciendo el ceño.

Era un ser insignificante y de aspecto pretencioso. El cuerpo flacucho y pobre; la cabeza charolada a fuerza de cosmético, partida por una raya que con rectitud geométrica iba desde la frente a la nuca; en la cara enorme nariz, bigotillo afilado y patillas de chuleta, y bajo la barba, asomando por entre las dos alas de un cuello a la *pajarita*, esa protuberancia horrible llamada nuez, que parece la condecoración de la juventud raquítica.

Hacía tres años que estaba abonado al segundo curso de la facultad de Medicina.

Al entrar saludó al tío con cierto desparpajo, sin querer fijarse en la sonrisita del viejo, y después se excusó con la mamá. Quería venir antes, pero en la feria le habían entretenido. El paseo estaba muy bien; trajes magníficos, sobre todo abrigos. Y hacía una relación de periódico de modas ante sus hermanas.

La animación iba surgiendo en la mesa. Todos hablaban. Don Juan comenzaba a mostrarse más alegre; y como si olvidase las antiguas preocupaciones, miraba con igual cariño a todos los que estaban en la mesa, sin pensar si eran hijos del antipático Pajares y si su hermana era una derrochadora.

—Juan, come ese pedazo —le decía su hermana—. Es lo mejor del plato.

—Bebe más, Juan. Hoy son mis días, y hay que alegrarse.

Las niñas imitaban la solicitud de la mamá; todo era: «Tío tome usted esto; tío, coma usted lo otro»; y el tío, cada vez más encarnado y alegrote, engullía cuanto le ponían en el plato, y como le llenaban el vaso así como lo dejaba vacío, el resultado era que empinaba continuamente el codo.

—¡Al salón! —dijo la señora—; allí nos servirán el café.

El tío prefería quedarse en la mesa. El café entraba también en la comida; ¿por qué habían de moverse? Pero para su hermana era un detalle de suprema elegancia tomar el café en el salón, y don Juan tuvo que acceder y abandonar el comedor jugando con sus sobrinas como si fuese un niño.

Don Juan dábale cariñosas palmaditas en el vientre. Tal vez aquella calaverada le costase después crueles desarreglos de estómago y una semana de purgas, pero ¡váyanse al diablo los escrúpulos!; un día es un día, y a ver quién le quitaba lo gozado...

Don Juan, hundido en su butaca, con la nariz cada vez más roja y el cigarro apagado entre los labios, seguía sonriendo beatíficamente. Su hermana no le abandonaba. Acosábale con atenciones, y hasta había logrado hacerle tragar una copa de coñac.

—Di a Adela y a Nelet que entren.

Toda la servidumbre de la casa se plantó a estilo de coro de zarzuela ante el sillón de la señora. Entre los tres cruzábanse alegres miradas, sonrisas de satisfacción.

Era la ceremonia anual, el acto de dar los aguinaldos a los criados por ser el día de la señora. Con majestad teatral, doña Manuela dio un duro a cada uno, más un pañuelo de seda a Visanteta por lo satisfecha que estaba de su mérito como cocinera.

Esto obscureció un poco la sonrisa de don Juan. Decididamente su hermana era una loca, que odiaba el dinero. ¡Mire usted que tirar tres duros tan en tonto! ¿No hubiera quedado lo mismo con tres pesetas?

—Hay que seguir las costumbres, Juan; si no, los criados, en vez de respetarla a una, se encargan de desacreditarla.

Ella economizaba, privándose de todo para sostener la apariencia de la casa, hasta que las niñas encontrasen un *buen partido*; pero a veces se tropieza con escollos insuperables y no sabe una cómo salir a flote.

Ahora mismo se hallaba en una de esas situaciones difíciles; algunas deudas antiguas las había satisfecho con la paga de Navidad de sus arrendatarios de la huerta, pero necesitaba con urgencia ocho mil reales, pues el invierno exige grandes gastos.

—Tú no me abandonarás en este apuro. ¿Verdad, Juan? Tú me prestarás esa cantidad y yo te la devolveré a San Juan, cuando cobre los otros arriendos.

—Pero, desgraciada, ¿de dónde quieres que saque yo ocho mil reales? Tú te figuras, por lo menos, que yo apaleo las onzas.

—Si no tienes los ocho mil reales (cosa que dudo), eso no importa, Juanito mío. Con que firmes por mí, salgo de apuros.

¡Adiós digestión! Ahora sí que don Juan salía de la placentera calma, despertando de su amodorramiento.

—¿Para esto me has convidado?... Tú has dicho: «Le daremos bien a comer, procuraremos emborracharlo, y después, cuando esté tierno..., ¡el sablazo!»». Pues hija, te equivocas. Ni ahora ni nunca conocerás el color de mi dinero. No pienso hacer nada por ti. Cuando murió tu segundo marido me prometiste ser un modelo de economía y prudencia; y yo fui tan tonto, que perdí el tiempo y hasta algún dinero para poner a flote tu fortuna, que hacía agua por todas partes como un barco viejo. Tú serás siempre la misma Manuela, la loca, la pretenciosa, y morirás cuando gastes el último céntimo. Cada uno nace con su carácter, y tú eres de aquellos a quienes el pobre papá cantaba la antigua copla:

*Arròs y tartana,
casaca a la moda,
y rode la bola
a la valensiana!*

La señora estaba indignada por el lenguaje rudo de su hermano.

—Cállate, Juan; me pones nerviosa con tus groserías.

Los dos hermanos callaron. Se hundió él en su sillón mirando a los chicos, y ella quedó con los ojos fijos en el suelo, el ceño fruncido y las mejillas de un rojo violáceo, como si la rabia le produjese erisipela.

IV

El Carnaval de aquel año fue muy alegre para la familia de doña Manuela.

Las niñas se divertieron. Rafaelito era socio de todos los círculos distinguidos y decentes donde se baila.

Pasó el Carnaval y doña Manuela se vio en plena Cuaresma. Era la hora de purgar los derroches y las alegrías de la temporada anterior. La modista francesa presentaba la cuenta de los trajes de las niñas, y además hacía falta dinero para los gastos de la casa. Total, que doña Manuela necesitaba tres mil pesetas.

Su amiga doña Clara, la corredora de los prestamistas, de la que don Juan hablaba pestes, no encontraba dinero para la viuda de Pajares.

—Francamente, doña Manuela: ¿tiene usted por ese mundo tantos pagarés renovados y con intereses que no siempre se cobran!... Mis amigos se niegan a dar un céntimo. ¿Si usted encontrase una persona con garantías que quisiera avalar su firma!...

Había que pagar a la modista; la idea de que esta podía decir la verdad a sus parroquianas, todas señoras distinguidas, horrorizaba a la viuda, a pesar de que no tenía la menor amistad con ellas. Y a fuerza de cabildeos, acabó por encontrar la solución. La tenía al alcance de su mano. Juanito, propietario y mayor de edad, era la firma con garantías que ella necesitaba.

Nunca vio el pobre muchacho tan dulce y complaciente a su mamá. La escuchó como siempre, embelesado, deleitándose con el eco de su voz, y la madre tuvo necesidad de repetir sus peticiones para que Juanito se diese cuenta de lo que decía:

—Pero mamá, ¿tan mal estamos de fortuna?

Doña Manuela estuvo elocuente. La vida cada vez más cara, las exigencias del rango social muy costosas, y sobre todo, los hijos, ¡ay, los hijos!... ¿Tú sabes, Juanito, lo que me costáis?

—Pero mamá, podíamos hablarle al tío.

—¿Al tío?... ¡Horror! Ni una palabra. Era un egoísta, un grosero, un hombre sin educación.

—Pues entonces puedo pedir a mi principal. Aunque don Antonio anda ahora muy ocupado en eso de la Bolsa, siempre tendrá tres mil pesetas para favorecer a unos buenos amigos.

Tampoco. A ese, menos. No quería adquirir compromisos con unas personas así..., tan ordinarias. Justamente, había sabido el día anterior que Amparito tenía relaciones con el hijo de Cuadros, y había experimentado un verdadero disgusto. Unas relaciones sin *sentido común*. ¡Casar a Amparito, a la hija del doctor Pajares, con el hijo de Teresa, que había sido criada de doña Manuela! No; la familia no había llegado aún tan bajo, y aunque apurada, no estaba para emparentar con una fregona.

Y descartados don Juan y el comerciante, doña Manuela volvió a la carga; el hijo intentó resistirse, pero al fin le aturdieron las caricias maternas y firmó cuanto quiso la mamá.

Y Juanito sintiose feliz en aquella temporada de Cuaresma, cada noche que cenaba con la familia, puesta de veinticinco alfileres, comiendo incómoda con la *toilette* de teatro y estremeciéndose de impaciencia, mientras abajo sonaban las coces del caballo contra los guijarros del patio y los tirones que daba a la galerita.

Justamente en esta época fue cuando Juanito comenzó a sentirse dominado por una preocupación.

Entre las parroquianas de la casa había una joven que los dependientes designaban con el apodo de la *beatita*. Era una criatura tímida, dulce, encogida, que hablaba con los ojos bajos y sonreía a cada palabra como pidiendo perdón. Evitaba entenderse con los dependientes, sin duda por molestarla sus exagerados cumplimientos, ese afán de decir a toda parroquiana, con voz automática, que es muy bonita, para despachar mejor la mercancía; y apenas entraba en la tienda, buscaba con los ojos a Juanito, muchacho juicioso, tan tímido como ella y que no se permitía el menor atrevimiento.

Llamábase Antonia. Trabajaba de costurera a domicilio, y tenía tan buenas manos, que se la disputaban las parroquianas, señoritas de escasa fortuna, que acogían como una felicidad el confeccionar en sus casas vestidos iguales a los de las modistas. Era huérfana. Su padre había sido cochero de una casa grande; su madre, portera.

Juanito miraba a la joven con tierna simpatía. ¡Era tan buena muchacha!... Para convencerse bastaba verla por la calle con el velo caído sobre los ojos bajos, andando con paso menudo y gracioso, arrimada siempre a la pared, como si quisiera evitar la atención de los transeúntes.

Esta amistad, que se estrechaba por encima del mostrador, iba siendo una necesidad para los dos. Tónica, al entrar, no hacía caso de las palabras de los dependientes, e iba recta en busca de aquel barbudo, tan tímido como ella, que muchas veces le enseñaba las muestras con manos temblorosas; y Juanito experimentaba un verdadero disgusto cuando se ausentaba de la tienda y al volver le decían que había estado la *beatita*.

V

Juanito era feliz. Próximo al ocaso de su juventud, a los malditos treinta años de que hablaba Espronceda, en vez de tristes desengaños experimentaba la alegría de saber que en el mundo hay algo más grato que adorar a la mamá como un ídolo y plegarse a todos los caprichos de los hermanitos.

Ya no se conformaba con esperar que Tónica fuese a la tienda de Las Tres Rosas. Enterábase de dónde trabajaba, y con una astucia de las más torpes, salíale al paso por la mañana al ir al trabajo y por la noche al regresar a su casa; hacíase el encontradizo y le desesperaba la dificultad de su lengua tímida, que parecía rebelarse, no queriendo ser conductora de sus pensamientos.

Juanito tenía en los labios una pregunta audaz. ¿Qué hacía? ¿La soltaba?... Tembló; pero vacilando, diola curso, al fin, con voz de agonizante.

—¿Y no piensa usted casarse?

Tonica contestó con una carcajada.

—¡Casarme yo!... ¿Y quién ha de ser el valiente? Se necesita mucho corazón para cargar con una mujer sin otra renta que la aguja y que lleva tras sí el bagaje de una amiga vieja y enferma.

Juanito estuvo a punto de gritar que ese valiente era él; pero, por su desgracia, se detuvo. Tonica estaba seria y decía con triste ingenuidad:

—Reconozco que si encontrase un hombre honrado, trabajador y humilde como yo, que quisiera admitir a mi desgraciada amiga, me tendría por muy feliz... Pero en fin, hoy por hoy no hay que pensar en tonterías.

De pronto, Juanito pareció despertar. ¡Qué diablo! Ya estaban casi en la mitad del camino, cerca del Mercado, y él callaba, sin atreverse a decir lo que tan pensado tenía.

Para mayor desgracia, la joven seguía hablando; pero Juanito tembló, pensando que podía quedarse solo y desesperado dentro de pocos minutos por culpa de su timidez, y al fin, se sintió hombre.

—¡Tonica!

Dijo esto con acento tan ahogado y angustioso, que la joven calló, mirando en derredor, como si les amenazase un peligro.

—¿Qué ocurre?

—Que la quiero a usted mucho; que...

—¡Ah! ¡Era eso!... —exclamó Tonica sonriendo—. Yo también le quiero a usted como un buen amigo, como un joven formal; sobre todo como formal. No siendo así, no consentiría que me acompañase con tanta frecuencia, lo que puede dar lugar a suposiciones. Mire usted, el otro día decían las vecinas...

—No, no es eso. Yo no la quiero a usted solo como amigo, yo la amo..., ¿sabe usted?, la amo y soy ese hombre valiente de que usted hablaba anoche, capaz de hacerla mi esposa sin dejar abandonada a la pobre Micaela.

Tonica mostrábase aturdida por la declaración.

El silencio era penoso. Juanito estaba asustado por la seriedad de Tonica. La costurera reflexionaba, y al fin habló.

Ella agradecía el ofrecimiento del señor Peña, pero no podía aceptar. Era el hombre honrado y modesto que deseaba; si no fuese más que un dependiente de comercio, tal vez aceptase..., ¿pero es que ella ignoraba quién era su familia? Estaba enterada por una parroquiana amiga de su mamá y de sus hermanitas. Eran unas señoras de las que viven con verdadero lujo, sin apelar a costureras ni a adornos caseros; tenían carruaje..., en fin, *una gran familia* —esto subrayado por una expresión entre admirativa y respetuosa—, y no era justo ni legal que ella, una pobre jornalera, aspirase a tanto.

No; no era verdad que ella corriese tantos peligros casándose con él. Lo juraba a fe de Juanito Peña. ¡Su familia!... ¿Pero es que hacía gran caso de él? Podría casarse con quien quisiera, sin miedo a disgustos ni protestas.

Y atropelladamente, habló de su porvenir, trazando con furiosos brochazos el cuadro de su felicidad. Tenía dinero..., venderían el huerto de Alcira..., compraría una tienda, Las Tres Rosas, por ejemplo..., se casarían..., tendrían niños, muchos niños, porque él, con sus gustos de joven tímido, adoraba los muñecos..., él sería un modelo de maridos... Pero paró en seco al ver que Tonica se ruborizaba, dirigiéndole miradas de reproche por la libertad con que formulaba sus ilusiones.

Lo que inquietaba algo a Juanito, en medio de su felicidad, eran las atenciones que con él tenía su mamá, las miradas cariñosas, los «¡hijo mío!» dichos en un tono halagador, con la suavidad mimosa de una caricia. ¡Malo, malo! Juanito temblaba viendo aproximarse la afligida demanda, el *sablazo* maternal, acompañado con lágrimas y conmovedoras lamentaciones sobre lo mucho que cuesta la educación de los hijos. Y la petición fue formulada, por fin, a principios de Semana Santa, una tarde en que Juanito, después de comer de prisa, iba a salir para avistarse con Tonica antes de entrar en la tienda.

El pobre muchacho quedó anonadado por las maternales confianzas... ¡Diablo! La situación era más grave que él imaginaba. Ya no eran diez o doce mil reales los que ponían a su mamá con agua al cuello; ahora se trataba de miles de pesetas, de miles de duros, y era preciso pagar o resignarse a que la situación de la familia se hiciese pública, pues los acreedores era una gente grosera y sin entrañas.

—Yo me muero de esta, Juanito mío; estas cosas no son para mí. ¡Ay, Dios! ¡Cuánto cuesta criar a los hijos y sostener el rango de una familia! Tú, hijo mío, solo tú puedes sacar a tu madre de apuros... ¡Tres mil duros!... ¿Sabes lo que es eso? Pues los tres mil duros he de tener a punto para el día siguiente de las Pascuas. Me han amenazado; me han llamado tramposa porque no puedo pagar..., ¡tramposa!, ¡a una señora como yo!...

Doña Manuela experimentó gran extrañeza al tropezar con una tenacidad que nunca había supuesto en su hijo. Se negaba resueltamente a firmar otro pagaré garantizando el crédito de su madre.

Pero deseaba salvarla del compromiso; encogíasele el corazón al verla tan hermosa, tan *señora*, con los ojos llorosos y la frente surcada por dolorosas arrugas, y buscaba mentalmente un medio para sacarla de la situación.

Fue el Jueves Santo por la mañana cuando Juanito se decidió a emprender el asunto. La tienda estaba cerrada. Tonica saldría de casa con su vieja amiga; y él, no sabiendo qué hacer, decidióse a ir en busca de su tío.

Vicenta, la vieja criada del tío, fue quien abrió la reja que obstruía la escalera. Juanito era el único pariente del señor a quien toleraba la vieja sirvienta. Le saludó con una sonrisa de su boca oscura y desdentada, y como de costumbre, no preguntó por su mamá ni sus hermanas.

—En los porches lo encontrarás, Juanito... Sube, que yo voy a la cocina. Creo que se quema el potaje.

Juanito tardó en ver a su tío, agachado entre dos telares, en mangas de camisa, ocupado en armar una ratonera. A pocos pasos de él, una docena de gallinas picoteaban en un barreño, y por encima de los travesaños y redes de los telares, aleteaban los palomos, lanzando su arrullo adormecedor.

—¿Eres tú, Juanito? —exclamó el tío al levantar la cabeza—. No te esperaba. ¿Vienes para que hagamos juntos las estaciones? Pues no pienso salir hasta la tarde.

Y don Juan, abandonando la ratonera, fue hacia su sobrino con la sonrisa paternal, bondadosa, que reservaba para Juanito aquel hombre duro y malhumorado con todos.

—Pero vamos a ver, muchacho..., ¿a qué has venido?... Algo te trae aquí. Lo adivino en tu preocupación.

—Es cuestión de la mamá... ¡Si usted supiera, tío!... Está en situación muy apurada.

Y rápidamente, sin tomar aliento, como si arrojara lejos de sí un peso asfixiante, disparó las pretensiones de doña Manuela, aquella demanda de quince mil pesetas, cantidad necesaria para salvar la honra de la familia.

—Nada puedo, ¿lo entiendes?... Nada, absolutamente nada; y más tratándose de tu madre.

El viejo dijo esto con un acento que no daba lugar a dudas. No había que esperar que retrocediese en su negativa.

—¿Es que aún no conoces a tu madre? ¿No te he dicho muchas veces quién es?... ¿Que debe?... Pues que pague; y si no tiene con qué hacerlo, que sufra las consecuencias. He jurado no tenderle la mano aunque la vea con agua al cuello. Si eres tan imbécil que te dejas explotar por tu madre, no cuentes con el cariño de tu tío. Lo que te dejó tu padre, para ti es y no para que se lo coman tus hermanitos los cachorros de Pajares. Vamos a ver; di la verdad: ¿No te ha metido Manuela en sus trampas? ¿No te ha hecho firmar algún pagaré? La verdad, y nada más que la verdad.

—No, señor; nada he firmado.

A Juanito le molestaba este lenguaje rudo que hería tan en lo vivo a su madre, a su ídolo; pero al tío le había profesado siempre tanto cariño como respeto, y fluctuando su carácter entre los dos afectos, limitábase a callar.

El muchacho salió de la casa, llevando sobre sus hombros una verdadera olla de grillos. Era verdad lo que decía el tío. Le querían explotar. Los lujos y prodigalidades de la familia tenía que pagarlos él, ¡él, que en su casa había ocupado un lugar intermedio entre los criados y sus hermanos! No daría un céntimo; que se arreglase su madre como pudiese.

Pero todos sus propósitos de energía desvaneciéronse ante las miradas suplicantes de su madre. ¡Qué hermosa estaba! Con sus ojazos lagrimeantes y tiernos parecía la Virgen que tiene el corazón erizado de espadas.

—Bueno, mamá; no llore usted. No encuentro quién nos preste; pero estoy dispuesto a firmar lo que usted quiera, dando en garantía el huerto. Crea usted que me cuesta mucho desprenderme de ese dinero.

—Yo te lo devolveré, hijo mío; te lo devolveré pronto —dijo la arrogante señora abrazando a Juanito y mojóndole el rostro con sus lágrimas.

—Está bien, mamá —dijo Juanito, que en medio de su enternecimiento no se cegaba—. Firmaré, pero solo por quince mil pesetas.

—Mira, hijo mío, quince mil pesetas justas no han de ser. Puedes firmar por dieciséis mil. No digas que no, rico mío. Completa tu sacrificio. Necesito algún dinerillo para pagar ciertas cuentas, y además, las Pascuas vamos a pasarlas en nuestra casa de Burjasot; vendrán amigos, y hay que quedar bien. Ante todo, el decoro de la familia y no caer en el ridículo. ¡Ay, qué peso me has quitado de encima!...

VI

Desde entonces la mamá mostrábase con él amable y cariñosa como jamás la había visto; tenía arranques de lirismo casero, se enternecía reuniendo toda la familia en la mesa, y él, por no contrariarla, permaneció en Burjasot con la familia, pensando en Tónica con la dulce nostalgia del enamorado.

Por esto, cuando regresó a Valencia, volviendo a encargarse de Las Tres Rosas, experimentó la alegría del que sale del destierro.

El principal, convertido ambiciosamente en bolsista, seguía abominando de la tienda y del mezquino comercio al por menor; no era difícil alcanzar la cesión de Las Tres Rosas por lo que el joven quisiera darle. ¡Valiente cosa le importaban a él mil duros más o menos! La suerte le había hecho audaz; realizaba jugadas con éxito sorprendente, y así como aumentaba su fortuna, transformábase su persona.

La riqueza improvisada daba al señor Cuadros un airecillo petulante y fanfarrón. En competencia con su mujer, pocos dedos conservaba en sus manos libres de sortijas: solo que las suyas no eran baratas, sino de oro macizo, gruesas, pesadas y con cada pedrusco que quitaba la luz de los ojos.

Las Tres Rosas estaba patas arriba, según murmuraba el asombrado Juanito. La fortuna del amo los enloquecía a todos. Los dependientes, libres de vigilancia, hacían lo que les daba la gana; el género desaparecía, sin dejar como recuerdo de su paso dinero en el cajón; las criadas robaban arriba, en las mismas narices de doña Teresa, aturdida por tan radicales cambios.

El único que protestaba en la casa, revolviéndose furioso contra las desatinadas innovaciones, era don Eugenio. El veterano del comercio escandalizábase, y había que oírle las pocas veces que conseguía entablar conversación con el dueño de la tienda, siempre atareado, viviendo en su casa como en una fonda.

Pero don Antonio contestaba con risitas irónicas que desesperaban al pobre viejo. ¡Vaya unas ideas rancias! ¿De dónde salía para atreverse a hablar contra un negocio tan legal y admitido por todos?

VII

Los domingos, a las siete de la mañana, salía Juanito de su casa con el alegre desembarazo del colegial que en día de fiesta todo lo ve de color de rosa.

El amor había transformado a Juanito. Su alma vestía también nuevos trajes, y desde que era novio de Tonica, parecía como que despertaban sus sentidos por primera vez y adquiriría otros completamente nuevos.

Sus diversiones eran siempre las mismas. Iban donde va la gente que no quiere gastar dinero, y se les veía por el pretil del río, camino de Monte-Olivete.

Andaban, devoraban distraídamente el contenido del pañuelo. Juanito llevaba en su bigote cortezas de *cacahuet*; y a pesar de esto, los dos se sentían en un ambiente ideal y caminaban como si no pusiesen los pies en el suelo.

Olvidábase de todo, de su familia, de su porvenir, de la pobre Micaela, que iba a sus espaldas rumiando altramuces, y su atención reconcentrÁbase en los ojos negros, que a cada movimiento reproducían un rincón del paisaje; en la blanca y sana dentadura, tan hermosa, tan brillante, que al reír parecía iluminar la morena cara de la joven.

Y sin embargo, su conversación no podía ser más vulgar. Tonica era un espíritu práctico, que, en medio de sus escapes de pasión, no olvidaba el porvenir con todas sus miserias y monotonías. Insensible a los encantos del paisaje, a la soledad rumorosa que los rodeaba, trazaba planes para lo futuro, para cuando fuesen dueños de una tienda en el Mercado y ella tuviese que desarrollar las facultades de ama de casa. Ya vería él de lo que era capaz su mujercita, y mientras, él buscaba la linda manecita de Tonica para besarla repetidas veces, sin importarle la presencia de Micaela.

Aquella primavera fue el período más feliz de la existencia de Juanito.

Amaba, era amado, tenía fe en el porvenir, sentíase a cien leguas de las miserias de su familia, y para mayor felicidad, el tío don Juan, enterado de su noviazgo, lo toleraba, reservándose dar su aprobación definitiva cuando conociese a Tonica.

Juanito ya no sentía miedo al pensar lo que diría la mamá cuando conociese sus amores. Tenía el convencimiento de que ella lo sabía todo.

La buena señora llegó por fin a darle a entender con palabras sueltas lo que él se recelaba. Conocía sus amores; se había informado de quién era Tonica, y no le parecía gran cosa; pero si Juanito se mostraba conforme, todos contentos.

VIII

A las cuatro de la tarde entraban las de Pajares en el paseo de la Alameda.

Era la hora en que el paseo adquiría su aspecto más brillante. A todo galope de los briosos caballos, bajaban carretelas y berlinas, y por las aceras del paseo desfilaban lentamente, con paso de procesión, las familias endomingadas. Los verdes bancos no tenían ni un asiento libre.

Lo que atraía la atención de todos era el desfile incesante de coches, símbolos de felicidad y bienestar en un país donde el afán de enriquecerse no tiene más deseo que no ir a pie como los demás mortales.

Parecía existir una barrera invisible e infranqueable en la gente que paseaba a pie y aquellas cabezas que asomaban a las ventanillas, contrayéndose con una sonrisa siempre igual cuando recibían el saludo de las personas conocidas. Grupos de jinetes

mezclados con jóvenes oficiales de caballería caracoleaban por entre los carruajes, tendiéndose algunas veces sobre el cuello de sus cabalgaduras para hablar a través de una portezuela.

Las de Pajares contemplaban con nostalgia de desterradas el paso de los carruajes.

¡Gran Dios, qué tarde! ¡Se acordarían de ella toda la vida! Era la primera vez que iban a pie a la Alameda. Las niñas, a pesar de sus elegantes trajes, creían que todos se fijaban en ellas para sonreír compasivamente, y doña Manuela marchaba erguida, con altivez dolorosa, poco más o menos como Napoleón en Santa Elena después de la derrota.

Aquella mañana había sido de prueba para las de Pajares. Nelet el cochero subió muy alarmado a dar cuenta a sus señoras de que el caballo estaba enfermo.

Llamaron al mejor veterinario de la ciudad; pero el caballo no mejoraba, y por la tarde desvaneciéronse las ilusiones que tenían las niñas de pasear en carruaje. Casi adquirieron la certeza de que el pobre caballo no saldría de la enfermedad.

Después de comer, la madre y las hijas sentáronse en el salón y allí permanecieron más de una hora, silenciosas, hurañas y malhumoradas.

—No hay que ser tan escrupulosas —dijo doña Manuela—. Todos nos conocen, y porque un día nos vean salir a pie, no van a imaginarse que nos falta el carruaje. Vamos, niñas, ¡a paseo!

Y salieron de casa con el propósito de ir a cualquier parte menos a la Alameda. Pero el paseo las atraía; no sabían dónde ir, y al fin, insensiblemente, sin ponerse de acuerdo, encamináronse allá.

Tuvieron en aquella tarde encuentros muy penosos. Andresito, el hijo de Cuadros, pasó por entre las dos filas de carruajes montando el enorme caballote que le había comprado su padre. Buscaba a la novia para ir escoltándola, luciendo sus habilidades hípcas en torno de su carruaje. El gesto de inocente sorpresa que hizo al verlas a pie, confundidas entre la cursilería dominguera, fue una verdadera puñalada para las tres mujeres.

—Vámonos, niñas —dijo la mamá con una expresión en que vibraban el dolor y la cólera—; vamos a casa a ver cómo está *aquello*. Hoy el paseo está muy cursi.

Al subir la rampa del puente del Real tuvieron que apartarse del borde de la acera.

Era la última sorpresa. El señor Cuadros, tirando de las riendas para refrenar su veloz caballo y agitando el látigo, las saludaba desde lo alto de aquella cáscara de nuez montada sobre ruedas.

A su lado iba Teresa, desbordando sus carnes blanduchas sobre el banquillo de terciopelo azul, moviendo con cierta incomodidad su cabeza, como si le molestase la capota, recargada de rosas y follaje, regalo de su marido.

—Hasta la noche... Adiós, niñas. Esta noche iré a ver a ustedes.

Y Teresa enviaba una sonrisa sin expresión a su antigua señora.

Cuando entraron en la plazuela donde vivían, la vista de su casa, que, con el portalón entornado, los balcones cerrados y la fachada oscurecida por la última luz de la tarde, tenía cierto aspecto fúnebre, hizo revivir en la memoria de las tres el recuerdo del caballo.

—¡Dios mío! ¿Cómo estará el pobre Brillante?

Las tres mujeres distinguieron a Nelet en el fondo de la cuadra.

—¡Lo que somos!..., ¡lo que somos!... —decía Nelet entre dientes, sintiendo que cada espasmo de la larga agonía de su Brillante era una verdadera puñalada para él.

El desaliento las tuvo hasta bien entrada la noche clavadas en sus asientos del salón, silenciosas, sin otra luz que el escaso resplandor de los reverberos públicos que entraba por los balcones abiertos, produciendo una débil penumbra. Las tres, envueltas en sus batas de verano, destacábanse en la obscuridad como inmóviles estatuas.

Los pensamientos de doña Manuela aún eran más oscuros. Miraba en torno de ella, y nada, ni un mal rayo de esperanza amortiguaba su desesperación.

¡Y pensar que ella, que había derrochado tantos miles de duros y vivía con cierta ostentación, pasaba angustias por unos cuantos miles de reales!... El recuerdo de su hermano se aferraba tenazmente a su memoria. ¡Ah, maldito avaro! Necesario era todo su mal corazón para dejar a una hermana en el sufrimiento, pudiendo remediar sus penas con algunos de los papelotes mugrientos que a fajos dormían en el viejo *secreter* de su alcoba.

Otro de los que no se podía contar para salir de la situación era su hijo Juanito.

Esto indignaba a doña Manuela. Habíase despertado en él la fiebre de la explotación. Revivía *la sangre comercial* de su padre, el instinto acaparador de su tío don Juan; y contagiado por la atmósfera de jugadas victoriosas y millonadas de papel que respiraba continuamente en la tienda al lado de su principal, había acabado por decidirse, despreciando los bienes positivos y materiales para lanzarse en la fiebre de la Bolsa.

Vendió su huerto de Alcira, y los ocho mil duros que le dieron engrosaron el raudal de oro que, a impulsos de la más ciega confianza, iba a caer en las cajas del filántropo banquero que dirigía a su principal.

Y doña Manuela, enfurecida por lo difícil de la situación, crispaba sus manos arañando los adornos de su bata.

Solo una esperanza le restaba, pero no quería pensar en ella, pues en su interior elevábase como una voz de protesta.

Estaba segura de que cierta persona le facilitaría a la menor indicación aquel dinero que tantas angustias le producía. Indudablemente, al señor Cuadros no le era difícil salvar a una amiga por unos cuantos miles de reales.

Pero concedora de la vida, comprendía la importancia de aquel favor y lo que forzosamente había de sobrevenir. Un mes antes no habría vacilado en acudir a su antiguo dependiente, a pesar de lo mucho que esto lastimaba su altivez. Pero ahora, al pensar en las audacias que se permitía el bolsista en sus diarias visitas, doña Manuela deteníase avergonzada, y a estar iluminado el salón se hubiera visto su rubor.

A las nueve de la noche recibieron las de Pajares la visita de Andresito y su papá. Doña Manuela al ver a su antiguo dependiente se ruborizó, como si este pudiera adivinar los pensamientos que la habían agitado poco antes.

El señor Cuadros mostrábase gozoso y radiante, como si le alegrase la noticia que en el patio le había dado Nelet. ¿Conque había muerto el caballo? Vamos, ahora se explicaba por qué iban aquella tarde a pie por la Alameda. Era de sentir la pérdida, porque un caballo que sustituyera dignamente a Brillante había de costar algún dinero; pero, ¡qué demonio!, cuatro o cinco mil reales no arruinan a nadie.

Las niñas hablaban con Andresito cerca del piano, y doña Manuela, serena y en posesión de sí misma, miraba fijamente a su antiguo dependiente.

Aquel hombre, cegado por la fortuna, no sabía lo que decir. Igual era ella algunos años antes, cuando tenía fincas que vender o empeñar y arrojaba el dinero a manos llenas.

El señor Cuadros, siempre ignorante de la verdadera situación de la casa, molestaba atrozmente a doña Manuela. Quería aparecer amable, y para esto la hacía ofrecimientos que resultaban sarcasmos. Él se encargaba de la compra del caballo.

—Lo que a usted le conviene, Manuela, es comprar el caballo cuanto antes, pues si las gentes las ven a ustedes paseando muchos días como hoy, harán maliciosos comentarios. Los que estamos a cierta altura debemos mirarnos mucho en nuestras cosas.

Lo que más efecto causó en doña Manuela fue la afirmación de que la gente haría comentarios si no se mostraba en público como siempre.

Ella no tenía carácter para sobrellevar con resignación la miseria. Estaba decidida. Había que sostenerse en la altura, empleando todos los medios; y después, que viniera todo, hasta aquello que solo al pensarlo tanto rubor le producía.

El señor Cuadros, aunque ramplón y vulgarote, era un hombre aceptable, y no tenía que resignarse ella, como otras mujeres, a buscar la protección de un valetudinario repugnante.

El bolsista adivinaba algo en las miradas de la esposa de su antiguo principal. Y en su credulidad de calavera viejo e inocente, echaba el cuerpo atrás con cierto orgullo, como si estuviera convencido de que sus prendas personales habían influido en tan asombrosa conquista.

Terminó la visita a medianoche, y cuando el padre y el hijo se dirigían hacia la puerta acompañados por las señoras de la casa, doña Manuela cambió sus últimas palabras con el señor Cuadros.

—Quedamos —dijo la señora— en que usted se encargará de la compra del caballo. Mañana mismo confío en que habrá hecho mi encargo.

—¡Oh, seguramente!... Ya sabe usted que todas sus cosas me interesan como mis propios negocios.

—Entonces, venga usted mañana a las tres y le daré el dinero.

—¿Quiere usted callar? Ya arreglaremos cuentas más adelante... Pero, en fin, vendré por tener el gusto de charlar un rato.

Y el señor Cuadros salió de la casa satisfecho de sí mismo, bufando de satisfacción, contoneándose como un joven y mirando con cierta lástima a su hijo, que caminaba al lado de él, tímido y encogido.

Al día siguiente, el señor Cuadros fue puntual. A las tres de la tarde entraba en casa de doña Manuela, y se sorprendió agradablemente al ver que la señora estaba sola en el salón, vestida con la más elegante de sus batas y el rostro retocado con los más finos menjurjes del tocador de las niñas.

En el comedor oíase el ruido de los cubiertos que secaba Visanteta, la única que se enteró de la visita del señor Cuadros y de lo larga que resultó. Ella fue la que oyó las risas apagadas de la señora y el arrastre de algunos muebles, como si fueran empujados con violencia; pero era una muchacha prudente y reservada, que solo se ocupaba de sus actos, sin detenerse a interpretar los ajenos.

Al día siguiente, la familia pudo salir a paseo en su carruaje, y un caballo más joven y de mejor estampa que Brillante ocupó el vacío que la muerte había dejado en el pesebre. Las amarguras sufridas en aquel domingo fueron olvidadas ante una abundancia como pocas veces se había gozado en aquella casa. Doña Manuela tenía dinero; comenzaron a pagarse las cuentas con regularidad; los proveedores no la molestaron ya exigiendo el pago de los atrasos, y la modista francesa, después de embolsarse algunos miles de reales que creía perdidos para siempre, hizo a las niñas de Pajares nuevos trajes para lucirlos en la feria de Julio.

IX

Juanito vivía entregado a la agitación y la zozobra del que confía su porvenir a los caprichos del azar.

Él, tan metódico y cuidadoso de cumplir sus obligaciones, abandonaba la tienda para ir a la Bolsa en compañía de su principal, o a los lugares donde se reunían sus compañeros de explotación financiera. ¡Valiente cosa le importaba Las Tres Rosas! Ya no quería ser dueño de la tienda. Las primeras ganancias, adquiridas con dulce facilidad, le habían cegado y solo pensaba en ser millonario.

Su novia, prácticamente, refrenaba sus entusiasmos financieros. No había que tentar a la fortuna, y ahora que se mostraba favorable era una locura no retirarse a tiempo.

Pero Juanito se negaba a oírlo. ¿Qué saben las mujeres de negocios? ¿Por qué había de quedarse en la mitad del camino cuando podía seguir a su principal hasta el paraíso de los millonarios? Enamorado cada vez más de Tónica, le halagaba la idea de casarse inmediatamente; pero este mismo cariño impulsábale a esperar. Era mejor contener sus deseos durante algunos meses, un año a lo más; dejar que su capital, volteando por la Bolsa, se agrandase como una bola de nieve; y cuando poseyera el tan esperado y respetable millón, hacer que la transformación fuese completa: gozar viendo cómo la pobre costurerilla se convertía bajo la dirección de su vanidosa suegra en señora elegante, con gran casa, carruaje y los demás adornos de la riqueza.

Cuando a fin de mes cobraba las *diferencias* decíase con extrañeza:

—Parece imposible que nos censuren por dedicarnos a una explotación tan cierta. Pero ¡bah! ¡Quién hace caso de esa gente rancia!

Y entre los rancios, no solo figuraba su tío, sino don Eugenio, el fundador de Las Tres Rosas, que también manifestaba al joven gran descontento.

—¡Ay, Juanito, Juanito!... Te veo perdido. Ese demonio de Cuadros te arrastra a la perdición... No le defiendas, no intentes justificarte. Ahora te va muy bien para que pueda convencerte; pero al freír será el reír.

La proximidad de la feria de Julio preocupaba a la familia. Nunca se habían pasado veladas tan agradables en casa de las de Pajares. Por la noche, después de la cena, llegaban el señor Cuadros, Teresa y su hijo, y comenzaba la alegre reunión.

Las niñas, con Andresito, hacían planes para la próxima feria. Recordaban los rigodones en el pabellón de la Agricultura y los alegres vales en el del Comercio; pensaban en los trajes que les había traído la modista francesa y que guardaban intactos para dar golpe en la Alameda en la primera noche de feria.

La calma y la felicidad habían vuelto a aquella casa.

Hasta Conchita, a pesar de su carácter iracundo y malhumorado, considerábase dichosa al ver que Roberto *volvía al redil*, mostrándose más enamorado que antes.

Desgraciadamente, tanta ventura fue turbada por la presencia de un dependiente que llegó una noche apresuradamente.

—Oiga, don Antonio; don Eugenio me ha dado este papel, encargándome mucho que no tardase en entregarlo.

Y ofrecía un cuadrado de papel azul con el cierre intacto. Era un telegrama.

Juanito, al ver el despacho, por un instinto de solidaridad, apartose de su madre, colocándose al lado del maestro.

—¡Bah! —dijo el señor Cuadros con indiferencia—; será un telegrama de nuestro corresponsal en Madrid.

Y por la fuerza de la costumbre le rasgó el cierre, viendo su contenido con rapidez.

Pero inmediatamente palideció, dio una patada en el suelo y soltó unos cuantos pecados gordos, de aquellos que hacían ruborizar a Teresa y fruncir el gesto a doña Manuela, intransigente con tales groserías. Juanito, que leía por encima del hombro de su principal, estaba pálido también y parpadeaba como si creyera en un engaño de sus ojos.

—Ya ves, Juanito —dijo con precipitación el maestro—. Acaba de subir de un golpe cerca de tres enteros. ¿Qué será esto? Hay que ver en seguida a don Ramón Morte. Lo que es por esta vez ¡se ha lucido!... Pero no; él no se equivoca fácilmente. Aquí hay gato encerrado. De todos modos, debemos consultar en seguida a nuestro hombre. ¡Cristo, pues apenas tiene la cosa importancia!...

Juanito, pálido, sudoroso, hablando y gesticulando como un sonámbulo, casi echó a correr sin despedirse de la familia. Iba también al despacho del poderoso Morte, a aquella Meca de la fortuna, y sentía una inmensa extrañeza al ver que la gente no mostraba la menor impresión, que el cielo estaba azul, que todo se hallaba como

siempre y no surgía la más leve señal exterior para hacer saber al mundo que el gran genio se había equivocado por primera vez aconsejando la baja.

X

La derrota fue completa.

A los dos días, ninguno de los bolsistas que tenían por oráculo al famoso don Ramón dudaba de ella. El mismo banquero confesaba que esta vez se había equivocado, aunque no por ello dejaba de sonreír, asegurando que lo mismo que había ocurrido una alza contra todas sus previsiones, podía sobrevenir una baja, pues no todos los tiempos son iguales.

Y aquellos hombres de fe inquebrantable acogían como risueña esperanza las ambiguas palabras del banquero, prestándoles esto cierta energía para sobrellevar el golpe. A todos los admiradores de don Ramón les había alcanzado la derrota; pero quien más sufría era el señor Cuadros, que de un golpe veía desaparecer todas las ganancias de su vida de bolsista.

Pero él no desmayaba, no señor. ¿Qué gran general no sufre una derrota? Él era soldado fiel de don Ramón y le seguía a ciegas.

Con el error del banquero, quedaba lo mismo que antes de entrar en la Bolsa: dueño de la tienda y de unas cuantas fincas sin importancia. Pero esto mismo le animaba y le hacía ser más tenaz en sus propósitos. Al fin, ¿qué había perdido? Igual estaba ahora que antes de entrar en el negocio. Lo que había ganado en la Bolsa justo era que en la Bolsa se perdiese. Además, que le quitasen lo mucho que se había divertido gastando el dinero a manos llenas... ¡Adelante! El buen carretero vuelca muchas veces en un bache insignificante.

Y con tantos ánimos se sentía, que consolaba a Juanito, el cual, sin perder tanto como su maestro, mostrábase aterrado por el suceso.

Y algo más que el desgraciado negocio preocupaba a Juanito. Una noche, al retirarse después de acompañar a Tónica y a su amiga en su paseo por la feria, encontrose en la puerta de casa con su hermano Rafael, que se llevaba el pañuelo al rostro como para ocultar algo que le molestaba.

Arriba, a la luz del comedor, vio a Rafael con un ojo amoratado y las narices sucias de sangre. El joven elegante, admiración y orgullo de la mamá, olía a vino, y con palabrotas de las más soeces explicaba lo que acababa de ocurrirle. Nada; una cosa de poca importancia. Se había peleado con un amigo, dándose de bofetadas y palos en medio del puente del Real cuando iban a la feria a última hora.

Al día siguiente hizo averiguaciones para conocer con exactitud lo ocurrido.

Quien había aporreado a su hermano era Roberto del Campo.

Aquel miserable se había permitido asegurar cosas que hacían enrojecer al pobre Juanito, intimidades repugnantes con su novia, cuando por la mañana hablaban en la escalera.

Juanito se conmovió por el suceso. Decididamente su hermano no era malo; su prontitud en defender la honra de la familia, castigando la calumnia, hacía simpático. Y el sencillo Juanito, olvidando lo de la borrachera, consideró a su hermano como un héroe. Conmoviéndole el valor con que había defendido a Concha, y no pudo callar ante la interesada el entusiasmo que sentía por Rafaelito.

Su sorpresa fue inmensa al ver el poco caso que Concha hacía de sus palabras.

—Mira, chico, todo eso que me dices son líos de Rafaelito, y harás bien no metiéndote en nada. Yo quiero a Roberto, ¿me entiendes? Él me quiere a mí, a pesar de todo cuanto digas, y eso de que se permitió hablar ciertas cosas es una mentira de Rafael que, según me han dicho, iba la otra noche como una cuba.

Y la joven se expresaba con serenidad, con frescura, como si se tratase de la honra de otra y aquel Roberto fuese un infeliz a quien calumniaban.

Juanito no podía contener su asombro. ¡Dios mío!, ¡qué gente aquella! ¿Y era su hermana la joven que permanecía tranquilamente ante suposiciones ofensivas para su dignidad? Insistió cada vez más escandalizado; pero Conchita cortó rudamente sus recriminaciones:

—Cállate; como eres un tonto, crees que todos los jóvenes han de ser iguales a ti. Roberto es como es..., y basta. Yo contenta, pues todos satisfechos.

Y le volvió la espalda desdeñosamente.

Entonces acudió a la mamá.

Doña Manuela dijo con aquel tono de inmensa bondad que tan bien le sentaba:

—Mi pobre Juanito, tú eres muy bueno; no conoces el mundo, no tienes sociedad y te extrañan y escandalizan muchas cosas que realmente carecen de importancia. En fin, Juanito mío, no te preocupes de la casa, que aquí estoy yo para vigilarlo todo. Además, ya he dispuesto que Conchita no salga más a la escalera. ¿No te parece bastante? Pues hijo, no hay que echarlo todo a barato. Al fin, Roberto es un buen partido y Conchita no va a despedirlo por cuatro palabras dichas como broma imprudente.

Ahora sí que Juanito sentía a su alrededor un triste vacío. ¿Quién quedaba en aquella casa que pensase como él? Únicamente en los hombres había que buscar la vergüenza.

Pero a los dos días de ocurrida la riña le dijeron que Rafael y Roberto iban juntos otra vez, apuntando sobre el tapete verde en fraternal combinación.

Este golpe acabó de anonadar a Juanito. También su hermano desertaba. Nadie; ya no quedaba en su casa un corazón que pudiera colocarse al nivel del suyo. ¡Cómo sentía ahora su rompimiento con el tío don Juan! El viejo, a pesar de su tacañería y sus manías, era un hombre puro y recto.

Pero a pesar de su tristeza, Juanito seguía adorando a aquel ídolo, ante el cual volvía la cabeza para no ver los defectos, recordando solo lo que le parecía bueno.

Juanito, como esos desesperados que encuentran todavía en su miseria cosas agradables, reconocía en su madre grandes defectos; pero se extasiaba ante su honradez de mujer.

Un suceso vino a sacarle de la triste preocupación que le causaban los asuntos de su familia. Era el último día de la feria. Por la tarde, en la Bolsa, circuló una noticia que hizo palidecer a todos los protegidos de don Ramón Morte. En vez de cumplirse los vaticinios de este, el alza continuaba su carrera triunfal, ganando nuevos escalones y arrollando las mermadas fortunas de los que osaban ponerse enfrente de ella.

Esta vez desapareció por completo la confianza que Juanito tenía en la infalibilidad de su principal y del señor Morte. La ruina era indudable. El mismo don Antonio le había dicho que si no sobrevenía pronto la baja saltaría él a fin de mes con todos los jugadores que atendían los consejos del famoso banquero.

Pensó que era preciso avisar al señor Cuadros: tal vez él, como hombre experto en los negocios, encontraría el medio de salir a flote. Extrañábase mucho que no estuviera en la Bolsa, siendo aquella tarde de agitación y de emociones, y salió inmediatamente en su busca.

En Las Tres Rosas solo encontró a don Eugenio.

—¿Qué ocurre? —preguntó el vejete—. Tienes cara de susto... ¿Que si está Antonio? No; salió después de comer. ¿Necesitas verle? ¿Es urgente el asunto? Pues entonces... —y se rascó la cabeza como si dudase—, entonces puedes buscarlo en tu casa; de seguro lo encontrarás. No sé qué demonios tiene que hacer, siempre metido allí. ¿Es que tu mamá juega también a la Bolsa?

Abrió Visanteta, y al verle comenzó a darle explicaciones antes que él preguntase. Las señoritas habían salido; estaban en casa de las *magistradas*.

—Bien; pero ¿y el señor Cuadros no está aquí?

Y Juanito miró angustiosamente a la criada, que balbuceaba, no sabiendo qué responder.

La empujó rudamente y entró. Visanteta, sin perder su ceñuda seriedad, levantó los hombros, hizo un gesto de resignación como diciendo: «Que ocurra lo que Dios quiera», y volviendo la espalda al señorito, se fue hacia el comedor.

No había nadie en el salón. Bajo el sofá sonaba el juguetón cascabeleo de Miss, la perrita inglesa, que al notar la presencia de Juanito sacó a medias, por entre los lambrequines, su cabeza de juguete.

La mirada del joven examinó rápidamente el salón, fijándose con estúpida tenacidad sobre el sofá, como si viese en él algo extraño que le atraía sin explicarse la causa. Era una chaqueta blanca, arrojada con descuido y que causaba en el joven la misma impresión de esos rostros que siendo amigos tardan mucho en reconocerse.

Llevo la mano a la frente como si fuera a arañarse con cruel impulso, y sus ojos se dilataron con espanto.

Bien conocía aquella chaqueta; era la de su principal, la que tantas veces le había rozado al descansar paternalmente la manga sobre su hombro.

Pero, en fin, ¿qué era aquello? Nada significaba el pedazo de tela. ¿Pero dónde estaba el señor Cuadros? Insensiblemente se dejó arrastrar por un espíritu de desconfianza que acababa de despertarse en él, y dentro de su casa, por una precaución inexplicable, le hacía andar de puntillas como si fuese un ladrón.

Sin darse cuenta de ello, se vio junto al cortinaje que cubría la puertecilla por donde entraba doña Manuela todas las noches a la hora de acostarse.

Todo era verdad. Ahora comprendía las palabras de don Eugenio, su sonrisa triste, la mirada de conmiseración con que había acompañado su rápida salida de la tienda.

Y abrumado por la sorpresa, permaneció erguido, con los ojos desmesuradamente abiertos, apoyando su espalda en la pared, como si temiera desplomarse.

No supo cómo salió de allí. Lo único que pudo recordar fue que el instinto de precaución le dominaba aún, y que al bajar la escalera lo hizo de puntillas, evitando roces, como si fuera un delincuente y temiera ser descubierto.

Cuando se vio en la calle sintió un calor insufrible. Ya sabía quién le apretaba con tanta crueldad la garganta. Era la vergüenza, que hacía arder en su interior un fuego de infierno, que enrojecía su rostro y aceleraba la circulación de su sangre. Creyó que todos le miraban, que los transeúntes ladeaban el cuerpo para evitar su roce, y anduvo apresuradamente como si sintiera tras sus pasos el espectro de su vergüenza que le perseguía.

Sentía en torno de su persona la imagen invisible de un padre que no había conocido. El recuerdo del pobre Melchor Peña le inspiraba tierna conmiseración. Aquel también había vivido engañado. Amó locamente a su esposa sin conocer su verdadero carácter y murió en el error, como hubiese muerto él jurando que su madre era la mejor de las mujeres, a no haberle conducido la fatalidad al salón de su casa para hacer el más terrible de los descubrimientos.

Su madre era una tramposa capaz de todos los enredos y vergüenzas para conservar el falso oropel de su vida; su madre despreciaba las murmuraciones que herían hondamente el honor de la familia; dejaba a las hijas que se arrojasen en el peligro, arrastradas por la desesperada audacia de cazar un novio, y al final se entregaba como una perdida en brazos de un amigo de su esposo; se vendía infamemente cuando estaba próxima a la vejez, manchando todo su pasado por una necesidad del orgullo. ¿Qué era, pues, lo que quedaba a aquella mujer? Nada absolutamente. Aquel descubrimiento fatal rasgaba el velo de la credulidad, desvanecía el optimismo del cariño; la madre aparecía a los ojos del hijo tal como era, con toda su fealdad moral; y Juanito pensaba con rabia en su antiguo ídolo, como el devoto que pierde la fe, y en la imagen milagrosa que antes le arrancaba lágrimas de emoción ve solo un miserable leño. ¿Por qué había nacido del vientre de aquella mujer?

Si no hubiese conocido a Tonica hubiera deseado la muerte, pero siendo amado por ella, era una locura. Aún había remedio. Una parte de su capital la había entregado a don Ramón Morte, no para jugadas de Bolsa, sino para la adquisición de valores públicos. Vendería, aunque fuese con pérdida, esta parte segura de su capital; pagaría las deudas importantes que había contraído por salvar a su madre, y con lo que le quedase se establecería modestamente, sería el dueño de Las Tres Rosas o de una tienda más pequeña, casándose en seguida con Tonica. Esta era la verdadera solución. Nada de buscar millones; la lección había sido dura. Comerciante rutinario y cachazudo, buen marido y padre virtuoso; esta era la felicidad, lo que él ambicionaba para el porvenir.

La melancolía del crepúsculo se apoderaba de Juanito. Cuando entró otra vez en las Alamedas de Serranos, sus piernas flaqueaban, y sintió la necesidad de dejarse caer en uno de los bancos.

Cruzó el espacio un silbido rápido, estridente, un ruido semejante al desgarrar de inmensa sábana; y en lo más alto del cielo, después de una detonación de lejano cañonazo, esparciase un haz de puntos luminosos de diversos colores, que descendieron lentamente, dejando tras sí culebrillas de fuego.

Eran los cohetes voladores que anunciaban el disparo de los fuegos artificiales.

Toda la feria adquiría un aspecto fantástico, alumbrada por las bengalas, que tan pronto la coloreaban de alegre rosa como daban a las personas y objetos un tinte lívido.

Un rugido de entusiasmo saludó el principio de la *traca*, diversión favorita de un pueblo que ha heredado de los moros la afición a correr la pólvora. Pendiente de los árboles daba la vuelta al largo paseo aquella envoltura de papel rellena de pólvora, colgando a trechos los blancos cucuruchos que contenían los truenos.

Al terminar la *traca* Juanito salió de la feria. Tenía prisa en llegar a casa antes que su familia. Reconoció sin fuerzas para resistir la presencia de su madre. Carecía de costumbre en el fingimiento, y la expresión de su rostro le haría traición. Además, sentíase muy débil. Como los seres nerviosos que después de un esfuerzo extraordinario caen en desaliento mortal, él, tras la tarde de agitación y la noche pasada en los bancos del paseo, sufriendo el húmedo relente, sentíase enfermo. Su estómago le atormentaba, recobrando sus funciones después de la crisis nerviosa.

Cuando llegó a su casa y Visanteta le abrió la puerta, no pudo contener un gesto de asombro al ver que el salón estaba iluminado.

Entró. Allí estaban su familia y la del señor Cuadros, pero todos silenciosos, ceñudos, con la cabeza inclinada, como si en la vecina alcoba hubiese un muerto al que velaban. Fue a preguntar, pero el señor Cuadros le atajó poniéndose en pie y avanzando con los brazos abiertos, con expresión paternal y desesperada.

—¡Ay, hijo mío! Estamos perdidos. Ese Morte es un pillo.

La cosa había ocurrido al anoecer. Primero la noticia circuló tímidamente por la Bolsa, pero poco después la sabía toda la ciudad. El célebre banquero don Ramón Morte había desaparecido, produciendo la consternación en centenares de familias.

—¡Sí, hijo mío! Yo también he estado allí. Aquello es una desolación. Estamos a fin de mes y hay que pagar en seguida. ¡Oh, ese hombre! ¡Ese pillo! ¡Da lástima ver tanto desesperado, tantos padres de familia dispuestos a matarse o a matar a ese granuja si le pillan! El muy ladrón debió saber antes que nadie lo de la baja, y..., ¡échale un galgo! ¡Dios sabe dónde estará ahora!

Juanito fue a preguntar algo, con la timidez del que espera una terrible noticia, pero su principal siguió hablando.

—¿Y yo, Juanito mío? ¿Cómo me quedo yo?... Arruinado para siempre, perdido, y lo que es peor, deshonorado. No tengo la cabeza para cuentas, pero he calculado a la ligera lo que debo a los corredores, y ni con la tienda ni con mis fincas tendré para pagar la mitad. ¿Qué hago, Dios mío, qué hago?... Para comer tendré que pedir a algún compañero que me admita de dependiente; y esto, a la vejez, es para pegarse un tiro.

—Pero ¿y yo? —dijo por fin Juanito—. ¿En qué situación quedo?

—¿Tú?... ¡Pareces tonto! La ruina es igual para todos. Únicamente tienes sobre mí la inmensa ventaja de ser joven y carecer de mujer e hijos... ¡Ay, quién estuviera en tu piel!

—Pero yo —dijo el joven con la tenacidad del que se agarra a una esperanza—, yo no solo jugaba a la Bolsa. Don Ramón tenía en su poder más de tres mil duros míos en títulos del Estado. ¿Qué se han hecho?

Cuadros lanzó una carcajada, que en fuerza de querer ser irónica, resultaba espeluznante.

—Espera sentado tus tres mil duros —exclamó con brutalidad—; eso de los valores públicos es una mentira. Ahora se ha descubierto que el tal don Ramón no compraba papel, y cuando le daban una cantidad con tal destino, la dedicaba a la Bolsa, cuidando de entregar los intereses al cliente, como si en realidad existiesen los títulos. ¿Quieres saber que hay de esos tres mil duros? Pues que los has perdido.

De pronto, doña Manuela abandonó su asiento al ver a su hijo vacilar, llevándose las manos al pecho y retroceder como si buscase apoyo.

Intentó cogerlo por los brazos; pero el pobre muchacho se estremeció, lanzando una mirada a su madre que despertó en ella vergonzosas sospechas.

—No, no me toque usted, mamá; ¡lejos!..., no necesito a nadie..., estoy bien.

Y cayó como un fardo sobre el mismo sofá en el que por la tarde había visto la arrugada chaqueta como impasible acusadora del adulterio.

XII

Juanito se moría.

Toda la noche la pasó tendido en su cama como una masa inerte.

Doña Manuela, a pesar de su ánimo varonil, estaba aturdida por el asombro.

La desgracia reanimaba el sentimiento maternal, dormido durante tantos años en el pecho de doña Manuela. Contemplaba a Juanito con igual expresión que cuando era hijo único y gozaba de todas sus caricias.

En medio de su dolor, la obsesionaba una idea cruel. Recordaba el terrible momento en que Juanito había caído inerte al conocer su ruina.

—No, no me toque usted, mamá...

En sus oídos sonaban estas palabras como si acabasen de ser pronunciadas, y veía aún el gesto de repugnancia con que las había acompañado.

Quedábase unos instantes inmóvil ante el lecho, contemplando fijamente al enfermo, como si en su rostro enrojecido e inmóvil pudiera leer algo de lo que pensaba al rechazarla con tanta vehemencia. Entreabría los párpados del enfermo y se fijaba en el ojo amarillento, opaco, sin vida, no pudiendo encontrar en él un rastro del pensamiento que con tanto interés buscaba.

Bien adivinaba ella el concepto en que ahora la tenían las familias amigas. En otras circunstancias, una enfermedad hubiese atraído inmediatamente innumerables visitas; pero ahora todos debían saber lo de la ruina, y de la casa que se derrumba todos huyen.

Un asomo de cordura iniciábase en aquella mujer dominada por la vanidad y la soberbia. Se había arruinado, había caído hasta en la deshonra por hacer su papel en la comedia del mundo, y fuera de algunas satisfacciones de su orgullo, ¿qué había sacado? Su Rafaelito era un perdido, ahora lo comprendía; muy elegante, eso sí, pero inútil para librar a la familia de la miseria. Sus hijas eran unas señoritas que solo habían aprendido a figurar como muñecas bien educadas en un salón, y aun esto sin poder evitar cierta cursilería que saltaba a la vista apenas salían de su esfera. Su Juanito, el paria de la casa, era el que valía algo, y ahora estaba allí, agitando su pecho para escapar del brazo de la muerte, cansado de sufrir desdenes y olvidos.

Don Juan había jurado en todos los tonos no volver a poner los pies en la casa de su hermana; pero al saber el estado de su sobrino se apresuró a visitarlo. Amaba a Juanito. Su rompimiento con él fue un arrebato de su carácter atrabiliario; pero por no mostrarse débil, permaneció alejado, aunque sin dejar por esto de enterarse de la marcha de sus negocios. Entró en la alcoba del enfermo con el ademán soberbio, el cónico sombrero encasquetado y lanzando a su hermana una mirada de desprecio.

—¡Juanito!... ¡Niño mío!... ¿No me oyes?... Soy el tío Juan...

Y se abalanzó al rostro del enfermo, besando la sudorosa frente. Pero la máscara barbuda y lívida que asomaba por el embozo de las sábanas permaneció inmóvil.

El viejo prorrumpió en sollozos.

—Mujer, ya estarás contenta. Al fin has salido con la tuya. Te estorbaba el chico por ser hijo de quien es.

—¡Yo! —gritó doña Manuela poniéndose en pie con llamaradas en los ojos y la majestuosa nariz agitada por la indignación.

—Sí, mujer, tú. No te pongas tan soberbia, que no has de comerme. Ya sabes que nos conocemos, y a mí no me asustas. Tú..., solo tú eres la autora de esa muerte. ¿Crees que no estoy enterado de todo? El chico era dócil, modesto, había bebido en buenas fuentes, era de nuestra escuela, y toda su ilusión consistía en conquistarse una posición sin perder la honra. Te quería demasiado, hubiera dado su sangre por ti, y eso es lo que le ha perdido. Primero le hiciste firmar pagarés, contraer deudas, y luego, su imbécil principal y tú, con el hambre del dinero, lo habéis metido en esa ladronera que llaman Bolsa. Ha venido la ruina, y... ¡cataplum, el chico a tierra!... ¿Quién tiene la culpa, mala madre? ¿Quién ha asesinado al muchacho, perra desvergonzada?

—¡Juan!... ¡Juan! —gritó doña Manuela, avanzando un paso con ademán imponente.

—¿Qué hay?... ¿Qué quieres?... No me causas miedo. Los que somos honrados decimos sin temor la verdad... Ya veo que has llorado, pero a mí no me engañan tus lagrimitas. No lloras por tu hijo; lo que te entristece es la miseria que se aproxima, la ruina de tu *buen amigo* Cuadros.

Don Juan subrayó con tanta expresión estas palabras, que su hermana dio un paso atrás, palideciendo y bajando las amenazantes manos.

—Parece que me has entendido. ¿Creías que también ignoraba yo esto? Lo sé todo, hija mía, y digo que me avergüenzo de que lleves mi apellido.

Y volviéndose hacia el enfermo, díjole con expresión de ternura, como si pudiera oírle:

—¡Juanín!... ¡Hijo mío! Tu tío está aquí... Márchate tranquilo, que alguien queda para proteger a los que te amaban y habían de formar tu familia.

—¿Qué es eso?... ¿Qué dices?

—Cállate; Juanín me entiende, a pesar de que parece muerto. No tardaré en reunirme con él..., por eso no lloro..., no vale la pena; es una separación de un par de años..., un viaje.

Y don Juan, enternecido por los recuerdos, gimoteaba inclinado sobre aquella cabeza lívida, en cuya frente caían las lágrimas del viejo, mezclándose con el agónico sudor.

—Oye bien lo que te digo –añadió–. Cuando este salga de aquí, no nos veremos más. Él era lo único que me ligaba a vosotros, el que podía obligarme a venir a esta casa. Andas muy mal, Manuela. Crees que tu última locura la ignoran todos, y cuantos te conocen lo sospechan. ¡Quién sabe si este pobrecito también estaba enterado y se va al otro mundo avergonzado de su madre!...

—¡Juan!... ¡Cállate por Dios!... ¡Me matas!...

Doña Manuela gritó horrorizada, cubriéndose el rostro con las manos. La sospecha que tanto la molestaba reaparecía en boca de su hermano. Y tan grande era su turbación, que hasta le pareció más ruidoso aquel estertor de agonía, como si el moribundo contestase afirmativamente con su fatigoso ronquido.

Al anoecer murió Juanito. La válvula vieja y gastada que parecía mugir dentro de su pecho fue aminorando lentamente el fatigoso movimiento. Cesó el estertor, como si se cerraran los escapes de aquella locomotora que sonaba a lo lejos; y al quedar la alcoba envuelta en un silencio fúnebre, estallaron sollozos y lamentos en toda la casa.

A la mañana siguiente llegaron las visitas; el desfile de levitas negras y tupidos velos: el paso por aquella casa de los amigos y conocidos, todos con la enguantada mano tendida, un gesto de amargura en el rostro y la palabra de resignación guardada cuidadosamente para tales casos.

La única nota tierna de aquella ceremonia fría y rutinaria fue el llanto de dos mujeres enlutadas que entraron con timidez apoyadas la una en la otra. Nadie las conocía, pero iban acompañadas por don Juan.

—No le veo..., no le veo... –gimoteaba tristemente la más vieja, moviendo sus grandes ojos mates y sin luz.

La más joven contemplaba fijamente con estupor doloroso la alborotada barba del cadáver.

—No, no te acerques, niña —dijo bondadosamente don Juan—. Sería una impresión demasiado fuerte... Sé lo que deseas. Tendrás su cabello; ya arreglaré yo eso en el cementerio.

Y don Juan, empujando dulcemente a Tonica y Micaela, las sacó del salón, mostrando con ellas una solícitud paternal. Las gentes enlutadas que estaban en torno del muerto conocían la rudeza del viejo y extrañaban su bondad. Las buenas burguesas se habían fijado en la dulce belleza de Tonica, y sin dejar de mover los labios como si rezasen, murmuraron bajo sus velos negros:

—Será su querida.

En todo el camino, hasta la puerta de San Vicente, el fúnebre cortejo fue una sesión ambulante de la Bolsa. Aquellos señores, sin acordarse del motivo que les obligaba a andar por las calles en procesión, hablaban de los negocios, de la fuga de Morte, con gran estallido de fin de mes, y de la desesperada situación de los discípulos del famoso banquero.

El nombre de don Antonio Cuadros estaba en todas las bocas. Había huido el día anterior con el convencimiento de que no podía pagar sus deudas, avergonzado sin duda de su ruina.

Era la fuga del banquero Morte copiada en miniatura. Además, se hablaba de que el señor Cuadros había comprometido en su ruina los ahorros de don Eugenio, confiados a su custodia, y todos se compadecían del pobre viejo.

A las dos de la tarde entraban en Las Tres Rosas unos cuantos señores con papeles bajo el brazo, seguidos por un alguacil. En todo el Mercado, la aparición de los pajarracos de la ley produjo honda emoción.

¡Qué aspecto el de Las Tres Rosas! Parecía la tienda un ser animado que acogía la desgracia con un gesto de resignado dolor. Solo algunas fajas y tiras de pañuelos oscuros pendían de los balcones, balanceándolas el aire como sogas de ahorcado.

El escaparate tenía un aspecto de vetustez y abandono; el polvo de tres días sombreaba los vivos colores de las telas y hasta el emblema de la casa, aquel maniquí vestido de labradora, parecía mirar al través de los cristales la extensa y alegre plaza con ojos de muerto.

Un hombre salió de la trastienda con paso acelerado como si le persiguieran.

—¡Don Eugenio! —exclamaron los dependientes—. ¿Adónde va usted?...

—Dejadme, muchachos. Ya me ha dicho el señor de arriba que no me marche... Pero primero me matan que me quedo. Yo no puedo seguir aquí..., esta no es mi casa... ¡Dejadme pasar!... ¡Abrid esa puerta!...

Y el pobre octogenario, con su arrugado rostro de una palidez de marfil, tembloroso y flácido, sin el bastón-muleta que le ayudaba ordinariamente en su marcha, los ojos inyectados de sangre y los ademanes descompuestos, parecía un pobre loco.

Pasó por entre los dependientes de la tienda y del juzgado, atropellándolos con su débil cuerpo, que parecía fortalecido y vibrante por la indignación; y empujando con el pie una puerta entreabierta, salió de la tienda.

Don Eugenio andaba sin saber adónde dirigirse. Le temblaban las piernas, pasaban tenues nubecillas ante sus ojos y veía confusamente a los dueños de las tiendas, que le seguían con un gesto de compasión o le llamaban con amistosas señas.

—No, no iré... Yo no tengo derecho a entrar en vuestras casas. Sois los hijos, los sucesores de aquellos comerciantes de mi casta, viejos compañeros que antes morían que faltar a la honradez. No podría entrar en vuestras tiendas: soy el dueño de Las Tres Rosas, un quebrado, uno a quien embargan y que ningún comerciante honrado puede considerar como amigo...

Había llegado frente a San Juan, y su mirada, cada vez más indecisa y oscura, se fijó en la célebre veleta, en el pajarraco que doraba el sol, dándole el brillo de un ave del Paraíso.

—Aquí fue... Como un perro me dejaron los míos... He trabajado mucho, ¿y qué? Pobre y hambriento me abandonaron, y después de setenta años me encuentro igual en el mismo sitio. ¡Hermoso porvenir!... Sea usted honrado, trabaje usted mucho, para verse arruinado, sin otro recurso que pedir limosna en la puerta de San Juan a los hijos de mis amigos... ¡Ay, mi pobre tienda!... Ha naufragado el barco, y el capitán debe morir. ¿Dónde está la veleta?... ¿Se la han llevado?... ¡Qué aprisa anochece!... ¡Cómo me rueda la cabeza!... ¡Viejo, que te caes!... ¡Señor!... ¡Señor!... ¡Así!

La caída fue instantánea.

Primero se doblaron sus rodillas, quedando de hinojos en aquel lugar donde su padre le había abandonado setenta años antes; después cayó de bruces en la acera.

Los que en tropel salieron de todas las tiendas aún pudieron presenciar la agonía del último veterano del Mercado.